

Un pesado fardo ideológico nos hunde en la crisis

José M^a Martí Sánchez

Doctor en Derecho

Dos elementos netamente ideológicos complican la situación de «desaceleración» o «graves dificultades» que atravesamos con la legislatura del PSOE.

El primero es el colectivismo. Éste, sin reconocer el papel protagonista que debe ostentar la persona, se empeña, con la excusa del gasto social, en empobrecerla, con más presión fiscal. Es un modo de que, con ocasión de la prueba, se deje postrada a la sociedad. Sólo el colectivismo explica que, en época de recesión, aumente el gasto presupuestado, tanto por el Estado, como por las comunidades autónomas o las corporaciones locales.

El Consejo de Ministros aprobó la remisión a las Cortes Generales del Proyecto de Ley de los Presupuestos Generales del Estado para 2009 (29 septiembre). En él se establece un gasto del Estado, sin incluir la aportación al Servicio Público de Empleo, de 155.599 millones de euros, un 2 por 100 más que en 2008.

El segundo elemento ideológico es el materialismo. Fue descrito por la Constitución pastoral *Gaudium et spes* (20), como una de las formas del ateísmo moderno. Esta ideología cifra la liberación del hombre en factores económicos y sociales, y ve en la religión, en cuanto tal, un obstáculo que aliena o deshumaniza. «Por eso, cuando los defensores de esta doctrina logran alcanzar el dominio político del Estado, atacan violentamente a la religión, difundiendo el ateísmo, sobre todo en materia educativa, con el uso de todos los medios de presión que tiene a su alcance el poder público».

Es decir que, más que a la consecución de esa liberación económica y social, en la que su fracaso es patente, su afán se pone en consolidar su prejuicio ideológico contra la dimensión espiritual del hombre.

La ineficiencia económica la prueban, aparte de la ruina y baja competitividad de los países de «planificación central», la desafección de las clases trabajadoras (cfr. *Centesimus annus*, 23), como ocurrió en Polonia, con el sindicato *Solidarnosc*. El movimiento de descontento finalmente —y tuvimos ocasión para comprobarlo en los hechos de 1989— no pudo ser ni frenado ni silenciado con la represión. Efectivamente, donde la ideología comunista y materialista se implantó, en los países del «socialismo real», no existían derechos para los trabajadores: sometidos a un solo patrón, a un bajo salario, sin derechos de propiedad, ni de sindicación, ni de expresión, ni huelga. Incluso se les prohibía el derecho básico a desplazarse (cambiar de localidad), cuanto más el de emigrar.

Pero para ellos no hubo ni hay compasión. El prejuicio ideológico paralizaba a los llamados «sindicatos de clase» de los países libres que nunca se ocuparon —ni ocupan— de mejorar la vida de sus hermanos pobres y explotados del

extranjero. Recordando las manifestaciones contra la guerra de Irak, ¿cómo no sentir sonrojo?

Aquel era un mal precedente. Suponía, de un lado, desentenderse de resolver los problemas y de quien los padece en primer término y, del otro, extremar los postulados ideológicos. Es decir, significaba endurecer la crueldad congénita a toda crisis yugulando la vida social: «Lenin [pero se podrían añadir otros nombres como el de Mao Zedong] aniquiló totalmente a la nobleza, al clero, y a los estratos sociales dedicados al comercio; y puso a los sindicatos al servicio del Estado» (Solzhenitsin). Él fue también quien adoptó la presión antiteísta como eje vital de la colectivización.

Vista la afinidad ideológica de aquéllos y estos dirigentes del PSOE, es de temer su nula aptitud para afrontar cualquier problema económico y de mejorar la producción. Ello tampoco parece que les mueva a revisar o flexibilizar su base teórica de actuación. Ante la tesitura de tener que elegir entre sus postulados, colectivistas y materialistas, o la solidaridad con los más desfavorecidos y expuestos se queden con aquellos. Es más, cabe sospechar que los extremarán, como táctica de huida hacia adelante.

El proyecto de presupuestos generales hace ver que esto es una amenaza real. También que la ineficacia económico-social aumentará la tensión ideológica. Aquí la crisis adquiere todo su dramatismo, pues, ha sido la ocasión para lanzar la campaña de ampliación del aborto, de la eutanasia y del despojo espiritual, particularmente de los niños, a través del colegio y los medios de comunicación.

De nuevo, se ha puesto en la picota a los más débiles. El liberacionismo nunca se traducirá en felicidad para el hombre real al que amputa su dignidad. Al contrario, como nuevo ídolo, exige el sacrificio cruento de los más inocentes e indefensos. ¿Encontrarán esta vez acogida en nuestros corazones? Si no fuese así, ¿no quedaría dañada irreparablemente la esperanza? Éste sería el saldo de una ideología suicida llevada hasta el extremo: muerte y desesperación.

Como comentario final basta reproducir las lapidarias palabras de Spe salvi: «la grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el que sufre y con el sufrimiento» (n. 38).

Fuente: www.analisisdigital.com